



CAUSAS DE LOS ERRORES HISTÓRICOS

REFERENTES AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y OCEANÍA 1

II

SIETE años después de la muerte de Cristóbal Colón, en 1513, descubrió Vasco Núñez de Balboa lo que entonces se llamó mar del Sur, y hoy se llama Gran Océano ú Océano Pacífico, que ocupa algo más de la tercera parte de la superficie del planeta en que vivimos. Entonces se comenzó á sospechar que las que se consideraban como Indias Occidentales acaso constituían un nuevo continente, y esta sospecha se halló plenamente confirmada cuando las naves de Magallanes y Elcano, en su viaje de circunnavegación (1522), surcaron el estrecho que hoy lleva el nombre de Magallanes y fijaron así en los mapas el término de la América del Sur en el hemisferio austral. Se olvidó que Colón había limitado sus aspiraciones á llegar navegando con rumbo á Occidente á las costas de Asia, que para nosotros eran tierras occidentales, y la grandeza de los descubrimientos realizados por Balboa, Magallanes y Elcano reflejó sobre la frente de Cristóbal Colón, que fué proclamado por consentimiento universal descubridor de todo el continente americano, de sus islas adyacentes y aun de los archipiélagos que hoy forman la quinta parte del mundo, llamada Oceanía.

El descubrimiento del Nuevo Mundo, narrado por D. Fernando Colón en su *Vida del Almirante*, de obra colectiva, iniciada en Portugal y llevada á término por el aunado esfuerzo de españoles y portugueses, se transforma en obra individual, debida

1 Véase la pág. 230 del tomo III.

exclusivamente al genio de Cristóbal Colón, que alcanza como premio la persecución de Bobadilla y la ingratitude de los Reyes Católicos.

Después de la conquista del Perú y de Méjico, los galeones cargados de oro que venían de América acrecentaban cada vez más la gloria de Cristóbal Colón. Los españoles se consideraban como deudores de aquella riqueza que sin trabajar adquirirían, y pagaban en elogios al genio del marino genovés y en diatribas contra los mandrines que le habían causado algún disgusto, la deuda de gratitud que sobre su conciencia pesaba. No sabían aquellos buenos españoles que con razón ha escrito el académico D. Antonio Sánchez Moguel «que sobre el río de oro americano, que más »que á enriquecer vino á esterilizar nuestro suelo, como la corriente lava de los volcanes, haciéndonos más pobres que nunca, al apartarnos de la verdadera y segura riqueza, la riqueza del trabajo, que con aquel oro fomentábamos en las naciones extrañas, estaba el río de civilización y de cultura con que un puñado de soldados y de frailes, á la sombra del estandarte de Santiago, enriquecieron verdaderamente el mundo de Colón y de Isabel.»

El ilustre jesuíta Masdeu, en la introducción de su *Historia crítica de España*, ha dicho: «La Europa estaría más informada del carácter y de las hazañas de los españoles, si ellos hubieran publicado y hecho resonar sus propias glorias, como hacen resonar las suyas muchas otras naciones. El amor de la propia gloria suele ir acompañado de la envidia del honor ajeno. Confieso que esta pasión reina en España; pero sus malos influjos no se suelen extender fuera de la nación. El español se complace de la gloria del extranjero, y al mismo tiempo le atormenta una cierta tristeza y disgusto de las glorias de la nación. Suerte de envidia extravagante y contraria á la de otras naciones, que muchas veces ha hecho no poco daño á España en las empresas militares y literarias.»

Razón tiene el P. Juan Francisco Masdeu al condenar la incuria de los españoles, que ha producido como su necesaria consecuencia el que los extranjeros se hayan encargado de escribir la historia de España, desfigurando la verdad de los hechos, según convenía á sus particulares intereses. Así D. Fernando Colón, al escribir la vida de su padre, lo presentó como el único autor de los descubrimientos marítimos realizados desde fines del siglo xv hasta mediados del xvi, y sólo se acordó de mencionar á los príncipes y personajes históricos de Portugal y de España para llamar traidores á D. Juan II de Portugal y Martín Alonso Pinzón; ingrato á D. Fernando el Católico; ambicioso é inepto al comendador Bobadilla; desleal al obispo Fonseca; cruel á Nicolás de Ovando; en resumen, todos los portugueses y españoles que tomaron parte en los preliminares ó en el descubrimiento de las Indias Occidentales, según D. Fernando Colón, cometieron pecados de omisión, no ayudando á su padre con toda la eficacia que debían hacerlo, ó aun procedieron peor, porque traicionaron ó persiguieron al eximio nauta que había descubierto un Nuevo Mundo. Este relato de D. Fernando Colón fué acogido con entusiasmo por los historiadores extranjeros, porque despojaba á España de toda la gloria que podía caberle en los grandes des-

cubrimientos geográficos de los siglos xv y xvi, y en nuestra patria tampoco fué mal recibido, porque Colón era italiano, y—como dice el P. Masdeu—*el español se complace de la gloria del extranjero y al mismo tiempo le atormenta una cierta tristeza y disgusto de las glorias de la nación.*

Así, según mi juicio, la condición de extranjero, que en Inglaterra ó en Francia hubiera perjudicado muchísimo á Cristóbal Colón, hasta tal punto que yo creo—como asienta un ingenioso cronista, D. Eugenio de la Iglesia—que si Martín Alonso Pinzón hubiera sido inglés, sería considerado como el descubridor de las Indias Occidentales; la condición de extranjero del inmortal navegante genovés es la que más ha contribuído á que entre los españoles pase como verdad lo que se dice en la leyenda colombina, por hallar favor esta leyenda disparatada en aquella *suerte de envidia extravagante*—como dice el P. Masdeu—*contraria á la de otras naciones, que muchas veces ha hecho no poco daño á España en las empresas militares y literarias.*

Es admirable, por lo absurda, la facilidad con que en España se aceptan como verdaderos los juicios históricos de nuestros vecinos los franceses. Dijeron los críticos parisienses del siglo xviii que Corneille, Molière y Racine eran los mejores, los más eminentes poetas dramáticos de la Edad moderna, y los españoles se apresuraron á rebuscar defectos en las inmortales creaciones de Calderón, Lope de Vega y Tirso de Molina para demostrar que tenían razón aquellos sabios críticos. Cuando los alemanes afirmaron que el florecimiento del teatro español en los siglos xvi y xvii sólo tenía igual en los buenos tiempos de la culta Grecia, fué cuando caímos en la cuenta de que los críticos franceses se habían equivocado de medio á medio.

Dijeron en París que el *Telémaco* era un poema en prosa, igual, si no superior, á los de Homero y de Virgilio; y que el *Quijote* era tan sólo una novela, un libro de pasatiempo, muy inferior en mérito á la obra del obispo Fenelón. Este erróneo juicio traspasó muy pronto los Pirineos, apadrinado por nuestros escritores galo-clásicos, y fué preciso que se divulgase la noticia de que en Inglaterra se consideraba el *Quijote* como una maravilla de ingenio, como una obra maestra del arte literario, para que la gloria de Cervantes no se obscureciera ante la del autor del *Telémaco*.

Por no alargar esta digresión no cito los ejemplos de Luis de Vives, precursor de Bacon y Descartes, de Gonzalo de Córdoba, iniciador del arte militar moderno, de Santa Cruz de Marcenado, tratadista de milicia muy superior á los famosos Guibert y Folard, personajes cuyos altos merecimientos han estado desconocidos en España durante siglos, porque los historiadores franceses no los mencionaban, y aquí se creía de buena fe, que la filosofía moderna empezaba en Descartes, la estrategia en Condé y Turéna, y la ciencia de la guerra en el conde de Guibert.

Dejar confiado á los extranjeros el estudio de nuestra historia nacional, y aceptar después sin examen sus juicios y hasta sus más discutibles opiniones, como si fueran verdades de todo punto evidentes, tal es una de las causas más poderosas que han influído é influyen en los escritores, que olvidando las verídicas narraciones de nues-

tros historiógrafos primitivos de Indias, han dado origen á la fantástica creación de la leyenda colombina.

Robertson en su *Historia de América* y Prescott en la de los *Reyes Católicos*, han tratado del descubrimiento del Nuevo Mundo aceptando como verdadero todo lo dicho por D. Fernando Colón en la vida de su padre. Escocés Robertson y norte-americano Prescott, no es de extrañar que hayan visto con indiferencia lo maltratados que salen portugueses y españoles en el libro del buen D. Fernando; pero es el caso que el mayor número de modernos historiadores así portugueses como españoles han procedido del mismo modo. No conozco ninguna refutación de lo dicho en su obra histórica por el hijo natural de Colón, ni siquiera he visto que se haya hecho notar que un personaje que debía á España su nombre, su riqueza y su alta jerarquía social emplease su pluma en denigrar á los Reyes, á los prelados y á los capitanes, ya portugueses ó ya españoles que mayor parte tomaron en el descubrimiento de América, y que un hijo que enalteció la memoria de su padre por cima de todo racional encarecimiento, no tuviese ni una frase, ni una palabra de cariño ó de respeto para recordar á su madre, la infortunada cordobesa Beatriz Enríquez de Arana. Tamaña ingratitud y tanta dureza de corazón podía haber sido objeto de la censura de los críticos, y sin embargo, no ha sucedido así. La proverbial hidalguía castellana ha olvidado las ofensas que hizo á nuestros Reyes y nuestros próceres el hijo de Cristóbal Colón, que ya con su nacimiento había deshonorado para siempre la memoria de una dama española, y González Barcia, Muñoz y los Fernández de Navarrete (D. Martín y D. Eustaquio), han elogiado la *Historia del Almirante*, con exceso de benevolencia, que ante la severidad de la crítica difícilmente puede justificarse.

Sólo el norte-americano Enrique Harrisse, en su libro, *D. Fernando Colón, historiador de su padre*, y el anónimo autor de la biografía que se halla en la reimpresión de la *Historia del Almirante*, publicada en Madrid el pasado año 1892, han dicho algo que no redunde en gloria literaria del hijo natural del descubridor de las Indias Occidentales. El Sr. Harrisse hizo un flaco servicio, como vulgarmente se dice, á la buena memoria de D. Fernando Colón, recordando aquellos versos suyos, que comienzan así:

Maldigo á quien me enjendró
Pues fué causa que padezca,
Quien de su leche me dió
Cruel tormento padezca.
Quien holgó porque nació,
Mi tristeza le acompañe,
La primer casa que ví,
Pues no cayó sobre mí,
En vivas llamas se bañe.

Expresar tan malas ideas, en tan malos versos, no parece digno empleo del tiempo que le dejaran libre sus ocupaciones al fundador de la Biblioteca Colombina, que por

este título, siempre merecerá el agradecimiento de los estudiosos, aunque no la amnistía de los críticos imparciales.

El autor anónimo del *Estudio biográfico y bibliográfico acerca de D. Fernando Colón*, que se ha publicado en el segundo volumen de la reimpresión de la *Historia del Almirante*, que ha poco he mencionado, dice, que la *pasión resalta en todas las páginas escritas por D. Fernando Colón*, para referir la vida de su padre; y añade, que D. Fernando no aparta la vista del Almirante, su familia y sus creencias; y en tanto que al héroe lo envuelve en nubes de gloria y lo eleva hasta el cielo, á sus émulos y enemigos los rebaja y ennegrece, ó todo lo más, les concede la grandeza que pueden tener los envidiosos ó los malvados.»

En el primer tercio del siglo presente vió el ilustre historiador D. Martín Fernández de Navarrete el vuelo que tomaban los errores históricos referentes al descubrimiento de América y Oceanía y se propuso atajar el daño publicando la notable obra que se titula *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*. El Sr. Navarrete, en una eruditísima introducción que puso en el primer tomo de esta obra, destruyó una por una las falsedades con que pretendían los historiadores extranjeros obscurecer la gloria que alcanzó España en el descubrimiento del Nuevo Mundo; falsedades que comenzaban por desfigurar la verdad de los hechos, para llegar á decir que la destrucción de las razas indígenas era causada por el fanatismo religioso de los españoles y deducir que *hubiera sido una felicidad para todo el mundo que otros, y no ellos, hubieran aportado los primeros á aquellas costas*. A lo cual contestaba con mucha razón el Sr. Navarrete que no podían atribuirse tales desafueros á los españoles, puesto que un italiano, Colón, era quien mandaba en los primeros años de la conquista, y que no era lícito hablar de fanatismo religioso, cuando el P. Las Casas, ídolo de los detractores de España, decía que el único título para la ocupación de aquellos territorios era la necesidad de la conversión de sus naturales á la fe católica.

Cierto es que la lectura de los documentos publicados por D. Martín de Navarrete hubiera podido evitar la mayor parte de los errores que, como verdad, se hallan acreditados en la historia del descubrimiento de América; pero así como el libro de D. Fernando Colón, publicado por primera vez el año de 1571, y el del italiano Luis Bossi, titulado *Vita di Colombo*, que vió la luz pública en Milán el año 1818, habían comenzado la formación de la leyenda colombina, el norteamericano Washington Irving continuó la misma obra con su *Vida y viajes de Cristobal Colón*, que se imprimió en Londres en 1828. La obra histórica de Irving hizo olvidar por completo las atinadas reflexiones de D. Martín Fernández de Navarrete, y quedó admitido como cierto casi todo lo escrito por D. Fernando Colón en la vida, ó mejor dicho, en la apología de su ilustre padre.

Pasó el tiempo y se tradujo al español el libro de Washington Irving, sin una nota, sin un comentario en que se tratase de destruir ó poner en duda lo que en este libro hay de falso ó dudoso. No es de extrañar tal descuido, cuando el indocto traductor,

al llegar á los pasajes de Herrera y de otros autores españoles que Irving pone traducidos al inglés, los vuelve á traducir al castellano, en vez de recurrir á las obras de las cuales pudiera haberlos copiado tal y conforme sus autores los habían escrito.

Más aún; á los editores de la *Biblioteca Ilustrada*, los Sres. Gaspar y Roig, se les ocurrió por los años de 1879 dar á conocer la historia de los descubrimientos geográficos desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, y no hallaron obra más apropiada para llevar á cabo su pensamiento que un libro del célebre novelista Julio Verne, que hicieron traducir al castellano con este inadecuado título: *Los descubrimientos del Globo*. Para que se juzgue del valor científico de este libro, bastará decir que la historia de los grandes descubrimientos geográficos, es decir, la historia de los descubrimientos geográficos realizados durante los siglos xv y xvi, ocupa mucho menos de la cuarta parte del espacio que el autor consagra á los descubrimientos de los siglos xviii y xix. Esta diferencia se explica, porque en los siglos xv y xvi había que hablar, en primer término, de valerosísimos navegantes portugueses y españoles, y en los siglos xviii y xix ya se hallan algunos navegantes franceses y de otros países, que, muy inferiores en mérito á los portugueses y españoles, había que transformarlos en héroes legendarios para que ocupasen el primer puesto entre los descubridores de tierras y mares, las cuales á veces estaban descubiertas anteriormente.

Julio Verne mostró en su historia de *Los descubrimientos del Globo*, que así como entre los novelistas había pasado por un hombre de ciencia, entre los historiadores nadie le podía disputar la palma de buen novelista. Para explicar cómo perdió Colón la gracia de Isabel la Católica, escribe: «La misma Reina, hasta entonces fiel protectora del marino genovés, se disgustó al ver llegar en los bajeles un convoy de trescientos indios arrancados de su país y vendidos como esclavos. Ignoraba Isabel que semejante abuso de fuerza se había verificado á pesar de Colón...» Suponer que el establecimiento de la esclavitud en las Indias se hizo contra la voluntad de Colón, es desconocer todo, absolutamente todo lo que se ha escrito acerca de este asunto. Quien escribe de Historia sin saber lo que se ha dicho por los autores que le han precedido, podrá aspirar al lauro de novelista, jamás al de historiador concienzudo y verídico.

Aun cuando muy disminuída, alguna gloria quedaba para España en el descubrimiento del Nuevo Mundo, según se halla relatado este acontecimiento en las biografías del primer Almirante del mar Océano, escritas por su hijo natural D. Fernando, por el italiano Bossi, por el escocés Robertson y por el norte-americano Irving; pero dos escritores franceses, el católico Roselly de Lorgues, y el librepensador Alfonso de Lamartine, se encargaron de completar la *novela novelesca*, como hoy se dice, que ha sustituido en la fantasía popular á la historia del descubrimiento de América y Oceanía.

El conde Roselly de Lorgues hizo una novela *á lo divino*, en que, siendo Colón un santo, el descubrimiento del Nuevo Mundo es un milagro, en que para nada hubo que contar con la ciencia humana; todo lo contrario: Colón, además de santo, fué mártir de la ignorancia, la envidia y la mala fe de los portugueses y españoles, que, contra su voluntad, le ayudaron á llevar á cabo su portentoso descubrimiento.

El poeta Lamartine parece que no cree en los milagros divinos, pero en cambio es ferviente adorador del genio humano; y con los conocidos razonamientos de que el genio todo lo adivina sin necesidad de devanarse los sesos en estudios ni otras menudencias, explica el descubrimiento del Nuevo Mundo como la obra exclusivamente individual del consabido genio de Cristóbal Colón, sin que le falte á su héroe la condición de mártir; porque es cosa indudable que todo genio ha de ser desconocido y martirizado por sus contemporáneos.

Milagro de un santo ó prodigio de un genio, el descubrimiento de América y Oceanía es un hecho sobrenatural, en que España no tiene arte ni parte; es decir, no tanto; porque España toma parte en este acontecimiento asombroso, para martirizar al santo ó al genio, para martirizar á Cristóbal Colón, aumentando así la gloria divina y humana del inmortal descubridor.

Un ilustre historiógrafo y amigo mío muy estimado, D. José M. Asensio, ha tenido ocasión de refutar las absurdas aseveraciones de Roselly de Lorgues y de Lamartine, y así lo ha hecho en su *Vida de Cristóbal Colón*, recientemente publicada en Barcelona; pero, por desgracia, el Sr. Asensio se ha limitado á seguir las huellas de Washington Irving, que, á su vez, había repetido con ligeras variantes lo dicho por don Fernando Colón, Bossi y Robertson. Sin embargo, si no en el texto del libro, en los documentos publicados por el Sr. Asensio hay material suficiente para refutar la mayor parte de los errores que empañan la verdad histórica en lo tocante á los grandes descubrimientos geográficos de los siglos xv y xvi. Así el Sr. Asensio ha escrito un libro importantísimo, en que se destruye por completo la última y más absurda versión de la leyenda colombina, aun cuando se dejan en pie algunos errores, ó al menos algunas apreciaciones, que yo considero de todo punto erróneas.

He procurado señalar con exactitud las turbias fuentes bibliográficas á que de ordinario acuden los que tratan de saber la historia del descubrimiento de América; pero respecto á los posteriores descubrimientos geográficos, aún es más difícil la averiguación de la verdad, por las razones que brevemente expondré.

La luz resplandeciente de la gloria de Colón ha oscurecido por completo la de los navegantes y descubridores que continuaron la exploración de tierras y mares hasta aquel entonces desconocidos. El descubridor del río de las Amazonas, Vicente Yáñez Pinzón; el del Misisipí, Hernando de Soto; el del mar Pacífico, Vasco Núñez de Balboa; los primeros náutas que dieron la vuelta al mundo, Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano, los exploradores del Perú, de Méjico, de la Florida, de lo que hoy se llama América Central, de la Australia y de los archipiélagos de la Oceanía, apenas alcanzan algunas líneas que recuerden sus nombres en las páginas de la mal llamada Historia Universal, si no añaden á su mérito como descubridores la aureola de capitanes ilustres, como Hernán Cortés ó Francisco Pizarro.

El P. Mariana ha dicho que nuestra patria es más abundante en hazañas que en escritores que las relaten, y en la materia de que estoy tratando se ve plenamente confirmado el aserto de aquel sabio jesuíta. Si hubiese contado España con tantos y

tan insignes historiógrafos como descubridores españoles de mares, islas y continentes florecieron en los siglos xv y xvi, no cabe duda de que la historia del descubrimiento de Oceanía fuera ya tan conocida como lo será, Dios mediante, cuando se comprenda el estrecho enlace de esta historia con la de los anteriores descubrimientos en África, América y Asia.

El ilustre escritor Elíseo Reclus en la introducción del tomo XV de su *Nueva Geografía Universal*, llega á decir que, si fuese lícito comparar entre sí la gloria de los varones eminentes, acaso el mérito de Fernando de Magallanes superase al de Cristóbal Colón; y aun cuando esta opinión de Mr. Reclus pueda considerarse como una desmedida alabanza del eximio navegante portugués, siempre servirá para condenar la incuria de los escritores peninsulares, que han dejado en el olvido una de las más esplendentes glorias de Portugal y España: el primer viaje de circunnavegación del globo terráqueo, que comenzaron 238 hombres en el día 20 de Septiembre de 1519 al mando del portugués Fernando de Magallanes, zarpando del puerto de Sanlúcar, y terminaron 17 hombres al mando del vascongado Juan Sebastián de Elcano, 6 del Cano, arribando al dicho puerto de Sanlúcar el día 6 de Septiembre de 1522.

La armada que comenzó este viaje se componía de cinco barcos: *La Trinidad*, que era la nao capitana y medía 132 toneladas; *El San Antonio*, 120; *La Concepción*, 90; *La Victoria*, 85, y *El Santiago*, 75. De estos buques sólo *La Victoria* regresó á Sanlúcar después de haber recorrido un espacio de 14.460 leguas, y de haber dado la vuelta al mundo, caminando siempre con el rumbo fijo del Este al Oeste, según dice el cronista del viaje, aun cuando su última afirmación me parece no del todo exacta.

Empresa tan gloriosísima como la llevada á feliz remate por Magallanes y Elcano, parece que debiera haber excitado el amor patrio de nuestros historiadores y poetas, y que abundarían los estudios biográficos y los cantos épicos en que se refiriese la vida y los hechos, y se ensalzase las hazañas de aquellos hijos ilustres de Portugal y de España. Defraudada queda esta racional presunción, porque casi nada sabemos, ni hemos procurado saber, de la vida de Magallanes, ni de la de Elcano, y en la lira de nuestros poetas aún no ha resonado el canto épico en que se glorifique la memoria de los primeros circunnavegantes del globo terrestre.

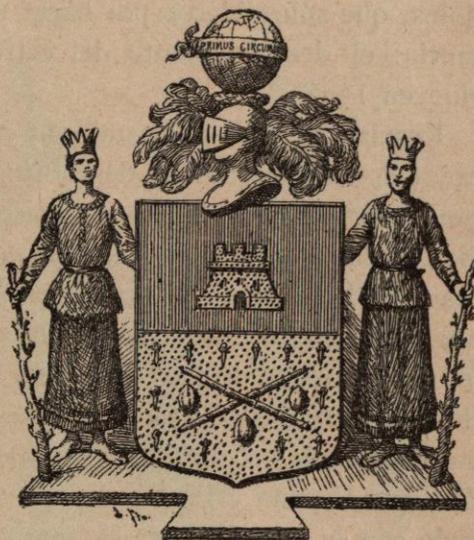
Un extranjero, uno de los 18 supervivientes á sus compañeros de navegación, el lombardo Antonio Pigafetta, es el autor del relato que sirve de fuente de conocimiento cuando se trata de describir la arriesgada, la heroica empresa de Magallanes y Elcano. Como es natural, la relación de Pigafetta no brilla por su amor á España, ni siquiera por la imparcialidad de su criterio histórico. Comienza diciendo que la prudencia aconsejaba á Magallanes que fuese muy cauto, *por cuanto los capitanes de los otros buques que componían la flota eran sus enemigos, á causa de ser todos españoles y el general en jefe portugués*. Aquí establece ya Pigafetta que todos los españoles eran enemigos de los portugueses, para justificar después los disturbios que hubo en la armada por esta condición aviesa de sus tripulantes.

Muerto Magallanes en un combate con los salvajes, desde aquel momento Pigafetta continúa el relato de la expedición sin mencionar ni siquiera una vez á Juan Sebastián de Elcano, que consiguió terminar el viaje de circunnavegación, como ya he dicho anteriormente.

La preterición del nombre de Elcano en el relato de Pigafetta, ha contribuído durante largos años á obscurecer la fama de tan insigne navegante; pero ya en estos últimos tiempos se ha comenzado á recordar que el Emperador Carlos V premió sus servicios concediéndole como blasón en su escudo un globo terrestre, con este oportuno y expresivo lema, *Primus me circumdedisti*; según aparece consignado en una ejecutoria fechada en Valladolid á 20 de Mayo de 1523.

Si la empresa, hazañosa hasta el heroísmo, de Magallanes y sus compañeros de navegación, no ha movido la pluma de nuestros historiadores, ni ha hecho sonar la lira de nuestros poetas, no es maravilla que el descubrimiento de Australia y los de varias islas pertenecientes á Oceanía, apenas ocupen algunas líneas en los libros que tratan de la historia de Portugal, y sean hechos casi desconocidos para la mayoría de las personas de no vulgar instrucción. Tan solo los nombres del heroico descubridor Vasco de Gama y del sabio gobernante y valeroso capitán Alfonso de Alburquerque han alcanzado universal celebridad, y así los tratados de geografía, al relatar el descubrimiento de la quinta parte del mundo, se limitan á decir: «Los portugueses son los primeros europeos que desembarcaron en las islas que hoy constituyen la Oceanía. En 1510 conquistaron las islas de la Sonda, y en 1530 descubrieron las costas del Norte de Australia, isla, ó continente, como hoy se considera, á que dieron el nombre de Java-la-Grande. Los españoles, que al mando de Magallanes habían descubierto las islas Filipinas en 1521, descubrieron también las Carolinas en 1526, y á fines del siglo XVI y principios del siguiente, Alvaro de Mendaña, su viuda Isabel Barreto, Luis Vaez de Torres y el portugués Pedro Fernández de Quirós, completaron el conocimiento geográfico de los archipiélagos que durante mucho tiempo se han considerado como islas asiáticas y que hoy forman la quinta parte de la tierra llamada generalmente Oceanía, y Mundo marítimo, por algunos autores.»

Tan sucintas noticias constituyen el caudal de los conocimientos históricos acerca del descubrimiento de Oceanía, que generalmente se dan en las escuelas de primera y aun de segunda enseñanza á la juventud estudiosa; y así quedan en el olvido los nombres y merecimientos de muchísimos descubridores portugueses y españoles que



Escudo de armas de J. S. de Elcano.

contribuyeron á la obra iniciada en Sagres por el infante D. Enrique; realizada en lo esencial por el genio y la fortuna de Cristóbal Colón; perfeccionada por la energía, que Reclus califica de sobrehumana, de Magallanes y la pericia náutica de Elcano; y completada, hasta en sus últimos pormenores, por navegantes portugueses y españoles, que sólo dejaron por hacer un descubrimiento geográfico de verdadera importancia: el descubrimiento del estrecho que separa América de Asia, que hizo Bering en 1728.

Resulta, de todo lo hasta aquí dicho, que para deshacer los errores históricos que hoy existen referentes al descubrimiento de América y Oceanía, es preciso comenzar por constituir el concepto orgánico de la historia de este descubrimiento, que ha sido realizado por la raza ibérica, ó por la genta ibérica, si el vocablo raza pareciese inadecuado, durante dos centurias, en que brilla con luz inextinguible el valor heroico, la perseverancia inquebrantable, la sabiduría náutica y las virtudes cívicas de los hijos ilustres de Portugal y de España. Esta misma idea inspiró sin duda al erudito, al sabio historiador portugués Oliveira Martins, cuando dijo elocuentemente en su conferencia en el Ateneo de Madrid, *Descubrimientos geográficos anteriores á Colón*, que España y Portugal eran como dos ramas del mismo tronco, que han abrazado con su grandioso crecimiento toda la redondez del globo terráqueo.

Es preciso desoir los cantos de sirena, perdónese lo anticuado de la frase, que entonan los historiadores extranjeros ensalzando la gloria de Colón, y desatendiendo todos, absolutamente todos, los elementos que prepararon, iniciaron y completaron la obra del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Es preciso sustituir la leyenda colombina por la verdad de la historia; y esto sólo podrá conseguirse estudiando asiduamente los cronistas primitivos de Indias en España; los historiadores de los descubrimientos geográficos de los portugueses que escribieron á raíz de aquellos sucesos; y revolviendo archivos y bibliotecas para encontrar los documentos manuscritos que aún no están publicados, y puedan dar luz en el examen de los puntos dudosos de la historia de los grandes descubrimientos geográficos de los siglos xv y xvi. Para el manejo de los historiadores contemporáneos de los acontecimientos que relatan, es conveniente no olvidarse de que estos historiadores son testigos de calidad cuando se trata de *hechos*, pero que en sus *juicios* suelen pecar de apasionados ó parciales, y así suele darse el caso de que se halle en completa discordancia lo que refieren y las consecuencias que de su relato deducen. Por ejemplo: el P. Las Casas, al tratar de la prisión del Almirante y sus hermanos, todos los hechos que refiere justifican la conducta seguida por el comendador Bobadilla; pero en cambio, la mayor parte de los juicios que emite tienden á desvirtuar el valor de estos hechos, y ceden en desdoro del infortunado Comendador.

Cuidando, pues, de fijar los límites que separan la relación de los hechos de las apreciaciones puramente personales de los primeros historiadores del descubrimiento, conquista y población de las Indias, en las obras de Andrés Bernáldez, Pedro Mártir de Anglería, el obispo Las Casas y el capitán Fernández de Oviedo, se hallan datos

suficientes para destruir gran parte de las falsedades propaladas por los detractores de España y de sus glorias más espléndidas. La obra de restauración de la verdad histórica puede completarse, recurriendo á las colecciones de documentos publicados



Retrato del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete.

por Navarrete ¹, la Real Academia de la Historia y el norte-americano E. HARRISSE.

¹ Ciertamente es que la colección de documentos manuscritos que formó D. Juan Bautista Muñoz, es la base de la obra de D. Martín Fernández de Navarrete; pero esto no disminuye el mérito de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo xv*, porque en esta obra hay algo más, hay mucho más, que una compilación de noticias históricas, puesto que el Sr. Navarrete, en las ilustraciones que intercaló en el texto de su libro, dió pruebas de sagacidad crítica, muy superior á la que mostró D. Juan Bautista Muñoz en el único volumen publicado de su *Historia del Nuevo Mundo*.

El sabio Alejandro de Humboldt y el ilustre Vizconde de Santarem, los dos autores en cuyos escritos se hallan las noticias verdaderamente científicas acerca de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, han estado conformes en proclamar el mérito indiscutible de la obra de Navarrete, diciendo que es *uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos*. Y sobre esto no cabe duda. El Sr. Navarrete es el padre, digámoslo así, de la historia documentada del descubrimiento del Nuevo Mundo, y después de la publicación de su libro, sólo el norte-americano HARRISSE, el Sr. Fernández Duro, y últimamente, la señora Duquesa de Alba y la Academia Real de Ciencias de Lisboa, han publicado algunos documentos de indudable importancia para el conocimiento de la verdad histórica en lo concerniente á los grandes descubrimientos geográficos que hicieron los portugueses y los españoles en los siglos xv y xvi y á la vida y los viajes de Cristóbal Colón.

La redacción de EL CENTENARIO se complace en publicar hoy el retrato de D. Martín Fernández de Navarrete, como tributo de respeto á la esclarecida memoria de tan insigne historiador, que calificaremos de *americanista*, usando el adjetivo que ahora está en uso.

Las publicaciones de los Sres. D. Marcos Jiménez de la Espada y D. Justo Zaragoza, y los cuatro libros de D. Cesáreo Fernández Duro, *Colón y Pinzón*, *Colón y la historia póstuma*, *Pinzón en el descubrimiento de las Indias* y *La nebulosa de Colón*, y algunos escritos de los padres jesuitas Fidel Fita y Ricardo Cappa, representan el espíritu de razonado análisis que hoy exige la buena crítica histórica para establecer la verdad sobre los sólidos cimientos de la erudición, y huir de las aventuradas hipótesis que pretendan transformarse en síntesis de la Historia.

Obsérvese que en el período colombino de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo hay materiales suficientes para que se pueda inquirir la verdad de los hechos; pero no sucede lo mismo en el período anterior, ni en el posterior á los descubrimientos geográficos de Cristóbal Colón.

La obra histórica *Da Asia*, del portugués Juan de Barros, es harto incompleta. Los portugueses del siglo xvi dieron tan poca importancia á las navegaciones de Gil Eannes y Bartolomé Días, que el épico cantor de las glorias de Portugal, Luis de Camöens, al ensalzar las hazañas del intrépido descubridor Vasco de Gama, se olvida de casi todos los hechos que prepararon é hicieron posible la realización de su viaje, en que siguió el rumbo marcado por los mareantes de la escuela de Sagres.

Respecto al descubrimiento de Oceanía, asegura Elíseo Reclus que, aun cuando en los mapas de mediados del siglo xvi ya aparece señalado el lugar que ocupa el continente australiano, se ignoran los nombres de los primeros navegantes portugueses que á sus costas arribaron, y dice que el descubrimiento del estrecho que separa la Australia de la Nueva Guinea, que hizo el español Torres en 1606, había estado á pique de olvidarse durante el tiempo que los holandeses consiguieron dar el nombre de Nueva Holanda á la mayor de las islas, hoy considerada como continente, del mundo oceánico.

El *Résumé des voyages, découvertes et conquêtes des portugais en Afrique et en Asie, aux xv^{me} et xvi^{me} siècles*, por Mme. H. Dujarday. (París, 1839); el libro del barón Eduardo de Septenville, *Découvertes et conquêtes de Portugal dans les deux mondes*. (París, 1863); la colección de relaciones de viajes titulada, *Viajeros antiguos y modernos*, que publicó en París Mr. Charton y fué traducido al castellano, con poco esmero, en 1861, por D. Manuel M. Flamant y D. Francisco Medina-Veitia, son obras donde se notan fácilmente lamentables olvidos y muchísimas equivocaciones de nombres propios, de personas y lugares geográficos, en lo referente á los descubrimientos de los portugueses en África, Asia y Oceanía.

De modo que para rehacer la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, hay que tener en cuenta que, en el período que abraza la leyenda colombina, abundan los que puedan llamarse *errores afirmativos*, y en los dos períodos, el anterior y el posterior á esta leyenda, los errores son de carácter negativo; esto es, más que errores son verdades incompletas, olvidos injustificados de hechos y personajes que han ejercido influencia decisiva en la obra de civilización, llevada á cabo por la gente ibérica durante dos centurias.

Fuera bueno, y aun buenísimo, que la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, de hoy en adelante se escribiese por personas doctas en cosmografía y en el arte náutico, porque difícilmente apreciará el mérito de los descubridores de mares y tierras quien desconozca aquella ciencia, ni podrá estimar el valor de los navegantes quien no sepa los peligros que en el mar se corren, ni los medios para conjurarlos, según los mayores ó menores adelantos de las ciencias físico-matemáticas en su aplicación á la náutica. Este carácter de relato científico hace que se aprenda más, respecto á la historia de los descubrimientos geográficos, leyendo lo que dice Reclus en los comienzos de los tomos XIV y XV de su *Nueva Geografía Universal*, que en todas las numerosas y brillantes páginas que han dedicado á este asunto, en sus biografías de Colón, el poeta Lamartine, el novelista Irving y el fanático Roselly de Lorgues.

La Historia, como actualmente se comprende, requiere el conocimiento especial de la materia de que en ella se trata. No puede escribir verdadera historia de guerras y conquistas quien desconozca la milicia, que así se llama la ciencia militar castellanamente hablando. Mala, muy mala, sería la historia de las matemáticas escrita por quien nada supiese de la ciencia de la cantidad. Y esto que aparece tan claro al tratarse de las matemáticas, de la química, de la astronomía, ó de cualquiera otra ciencia cuyo tecnicismo la hace impenetrable para los profanos, parece dudoso cuando se trata de la política, de la moral, de la filosofía ó de otras ciencias, entre las cuales está comprendida la geografía, de que todo el mundo se cree autorizado para hablar, para discutir y hasta para sostener su opinión, aun cuando sea contraria á la emitida por las autoridades más respetables en la materia puesta en cuestión.

Se dice que al estudiar las causas de los errores históricos referentes al descubrimiento de América y Oceanía, se trata de amenguar la importancia de tan grandioso acontecimiento, y sucede precisamente todo lo contrario. La leyenda colombina disminuye, casi anonada, la grandeza del descubrimiento del Nuevo Mundo; la verdad histórica presenta este descubrimiento como lo que realmente es, la más pura y la más espléndida de las glorias ibéricas; y pudiera decir de las glorias españolas, porque Portugal es España, y de español se preciaba, no hace muchos años, el ilustre Almeida Garrett.

Sí; con razonable fundamento dice Alejandro de Humboldt, y repite comentándolo Elíseo Reclus, que el principio de la Edad Moderna debiera contarse desde la fecha del descubrimiento del Nuevo Mundo, porque este descubrimiento ha tenido mucha más influencia en los destinos de la humanidad que la toma de Constantinopla por los turcos, en que hoy se fija dicho comienzo. ¿Y cuándo puede decirse que se descubrió el Nuevo Mundo? ¿Cuándo quedó ya bien conocida la forma y la superficie del planeta en que vivimos? Yo creo que la fecha de este acontecimiento puede fijarse en el mes de Septiembre de 1522, que fué cuando Juan Sebastián de Elcano desembarcó en Sanlúcar, y dió cuenta de haberse hallado el extremo del continente americano en el hemisferio austral, porque á esta fecha ya estaba descubierto el Océano Pacífico, el Perú, Méjico, la Florida, Terranova, el Labrador, el Brasil, la Patagonia, el río de las

Amazonas y el San Lorenzo, la mayor parte de las islas americanas y muchos de los archipiélagos de Oceanía, y sólo quedaba por averiguar si América estaba unida ó separada de Asia; problema que, como dije antes, no fué resuelto hasta que Bering navegó en 1728 por el estrecho que hoy lleva su nombre.

Los mapas debieran estar llenos de nombres portugueses y españoles, para señalar islas, cabos, estrechos, ríos, mares y hasta continentes; pero nuestro proverbial descuido ha dado ocasión para que los navegantes extranjeros, en especial los ingleses, franceses y holandeses, proclamándose descubridores de lo que ya estaba descubierto, hayan cambiado las denominaciones geográficas, castizamente portuguesas ó castellanas, en palabras exóticas de difícil pronunciación para los nacidos en la Península Ibérica. Hasta se ha tratado de despojar á España de la gloria que la corresponde por haber sido buques españoles, mandados por españoles y compuesta la casi totalidad de la tripulación de marineros españoles, los primeros que dieron la vuelta al mundo, navegando siempre (hasta donde fué posible) en la misma dirección. Cuando en el año de 1580, el famoso pirata inglés Francisco Drake arribó al puerto de Plymouth después de haber hecho el segundo viaje de circunnavegación, se pretendió hacer olvidar el anterior viaje de Magallanes y Elcano. Claramente se manifiesta este propósito, en que la reina Isabel de Inglaterra autorizó á Drake, para que pusiese en su escudo de armas el mismo emblema que el Emperador Carlos V había concedido en 1523 á Juan Sebastián de Elcano, que como he dicho antes, era un globo terrestre, con el lema: *Primus me circumdedisti*. Así se llamaba á Francisco Drake primer circunnavegante, cincuenta y ocho años después de haberse realizado por Magallanes y Elcano el primer viaje de circunnavegación.

Ahora, en estos mismos días, dice E. Reclus, por lo general tan circunspecto en sus apreciaciones, que España debe sus dos más brillantes glorias, al descubrimiento de América y al primer viaje de circunnavegación, á dos extranjeros, al italiano Colón y al portugués Magallanes. ¡Como si Portugal y España no estuviesen unidos por lazos providenciales en todo lo concerniente al descubrimiento del Nuevo Mundo!

Si no ha prevalecido el error histórico de conceder á Drake el lauro que pretendía se le otorgase la reina Isabel de Inglaterra, en asuntos de menos resonancia que el primer viaje de circunnavegación, se ha conseguido hacer pasar por verdadera una historia falsificada, en que los extranjeros aparecen como autores de los grandes descubrimientos geográficos, y los portugueses y españoles como meros iniciadores de estos descubrimientos, que por su torpeza é ignorancia jamás hubieran sabido aprovechar, á no haber proseguido y dado cima á sus malogradas empresas la sabiduría y el valor de los navegantes ingleses, franceses y holandeses.

De lo que acabo de decir se colige cuál es el error fundamental, que da origen á otros muchos, con lo que hoy pasa por historia del descubrimiento de América y Oceanía. La causa de este error es fácil de señalar; haber dejado que los extranjeros escriban la historia de los grandes descubrimientos geográficos que hicieron los portugueses y los españoles en los siglos xv y xvi.

Á mi juicio, la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América y Oceanía, debe servir para eternizar en la memoria de las venideras generaciones esta ingente verdad, hoy casi olvidada: las dos naciones ibéricas, unidas por la ley de su naturaleza, han llevado á feliz remate la magna empresa de dar á conocer la extensión y la forma del planeta en que vivimos, sin que en lo esencial de esta empresa haya tomado parte ningún pueblo extranjero. Contribuir en la medida de mis fuerzas á la consecución de este resultado, tan beneficioso para la honra de mi patria, como para el exacto conocimiento de la verdad histórica, tal ha sido el propósito que he intentado realizar en los apuntes críticos que aquí se terminan. En gracia de mi buen deseo perdónenme los lectores las deficiencias que habrán notado en mi estilo, ajeno á las galas de la retórica, y en mi erudición, menos, mucho menos copiosa de lo que requería la grandeza del asunto que ha sido objeto de mi atención y reflexivo estudio.

POST-SCRIPTUM

En mi conferencia leída en la Cátedra del Ateneo de Madrid, la noche del 21 de Enero de 1892, dije que acaso se podría presentar en contra de las afirmaciones que yo había hecho, esta objeción, que, al parecer, no estaba desprovista de fundamento:

«Si es tan claro, tan evidente, que *España no ha sido ingrata con Cristóbal Colón*, ¿cómo y en qué consiste que la inmensa mayoría de los historiadores, así nacionales como extranjeros, admitan como verdad probada esa tan famosa ingratitud? Contestar á esta pregunta podría ser asunto de una conferencia que se titulase: *Causas de los errores históricos referentes al descubrimiento de América y Oceanía.*»

Cuando se imprimió la conferencia en que ahora me estoy ocupando, puse al final una nota que, entre otras cosas, decía lo siguiente: «Que Cristóbal Colón no murió ni pobre, ni abandonado de los que debían protegerle, es lo que me he propuesto demostrar» y que para confirmar esta demostración, «escribí otra conferencia en que se analizan las *Causas de los errores históricos referentes al descubrimiento de América y Oceanía*. Por motivos que serían largos de explicar, no leí esta conferencia en la cátedra del Ateneo madrileño; pero próximamente verá la luz en una Revista científico literaria.»

Para cumplir lo que ofrecía en la parte de la nota de mi conferencia que acabo de copiar, transformé en artículos lo que primitivamente se había escrito en forma de discurso académico, digámoslo así, y al poco tiempo se publicó el primero de estos artículos en la pág. 230 del tomo III de EL CENTENARIO; pero en la transformación de mi conferencia en estudio histórico, había yo acumulado tantas noticias de libros y publicaciones en que se confirmaban mis ideas acerca de la historia de los grandes descubrimientos geográficos de los siglos xv y xvi, que era difícil la publicación de trabajo tan extenso en las páginas de esta Revista, y convencido de que era invencible la dificultad que se presentaba, me ví obligado á compendiar en dos artículos lo que de seguro hubiese ocupado siete ú ocho, y aun quizá más

Claro es que en trabajos de erudición histórica, todo lo que se suprime redundando en daño de la solidez y número de las pruebas que se aducen en pró de la tesis que el autor mantiene, y para remediar de algún modo este inconveniente, he de manifestar aquí, con toda la brevedad que me sea posible, algo de lo que debía de haberse dicho en otros lugares de mis anteriores artículos.

Es evidente que la conmemoración secular que comenzó llamándose Centenario de Colón, que después se llamó generalmente Centenario del descubrimiento de América, y que al terminar ya aspiraba á transformarse en Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, ha dado como su más beneficioso resultado la publicación de un grandísimo número de estudios históricos en que se han destruído no pocos errores, y ha brillado la luz de la verdad, obscurecida durante siglos, tanto por la envidia é ignorancia de los escritores extranjeros, cuanto por la censurable incuria de nuestros compatriotas, que frecuentemente, para conocer la vida de Cristóbal Colón, sus viajes y sus descubrimientos, se han fiado de lo que decía Robertson, Campe, Prescott, Irving y Roselly de Lorgues, en vez de recurrir á las fuentes de todo conocimiento histórico, los historiadores y los documentos contemporáneos, entendiendo la palabra documento con todas las varias acepciones que por asimilación pueden dársele ¹.

Dos verdades fundamentales han quedado demostradas con ocasión de las fiestas conmemorativas del Centenario celebrado en el día 12 de Octubre de 1892. Es la primera: el descubrimiento del Nuevo Mundo, no es la obra individual de su genio, siquiera sea el genio de Cristóbal Colón; es la obra colectiva de la raza ó de la gente ibérica, comenzada por portugueses y españoles en la escuela náutica de Sagres, desde principios del siglo xv y terminada por españoles y portugueses en el viaje de circunnavegación de Magallanes y Elcano y en las exploraciones oceánicas del español Alvaro de Mendaña y del portugués Pedro Fernández de Quirós en los comienzos del siglo xvii. Es la segunda: España no fué ingrata con Cristóbal Colón.

En la parte que me he visto obligado á suprimir de mi estudio sobre las *Causas de los errores históricos referentes al descubrimiento de América y Oceanía*, citaba yo los historiadores españoles y algunos extranjeros en cuyas obras se hallan plenamente confirmadas las dos verdades que ahora he consignado aquí, y ya que no me sea po-

¹ En el momento de estar corrigiendo las pruebas de este *Post-Scriptum* llega á mis manos el volumen que acaba de publicar la Real Academia de la Historia con el título de *Bibliografía colombina. Enumeración de libros y documentos concernientes á Cristóbal Colón y sus viajes*. El prologuista de esta obra confiesa que «la rapidez con que ha sido preciso ordenarla é imprimirla, ha perjudicado sin duda á la severa corrección que tanto realza los estudios bibliográficos. Algunos artículos estarán acaso fuera de su lugar más propio; algún otro quizá resulte repetido, accidente fácil y excusable en el labor en que han intervenido diversas manos. Tanto en esto como en los yerros tipográficos no advertidos á tiempo, queda ancho campo á la indulgencia del docto y del discreto, los que, conociendo por experiencia propia lo difícil que es llegar al acierto y perfección en tales materias, absuelven de buen grado todo libro en que la utilidad sobrepuja ó compensa los defectos.»

Es cierto; la utilidad del libro *Bibliografía colombina* es mucho mayor que la suma de todos los defectos que en sus páginas pueden señalarse; puesto que en estas mismas páginas se hallan, como observa también el prologuista «los primeros fundamentos de la futura historia colombiana, cuando ésta acabe de desembarazarse de las nieblas y contradicciones en que, parte por negligencia, parte por el choque de opuestas pasiones, aparece envuelta.» Es decir, que habrá una historia, en lo futuro, fundada en los documentos que ahora indica la Real Academia de la Historia; y ciertamente que en esta futura historia colombiana desaparecerán los errores que hoy se presentan como verdades en la actual historia, ó mejor dicho, en lo que con acierto ya se llama, la leyenda colombina.

sible entrar en pormenores acerca de este asunto, me limitaré á citar rápidamente nombres de autores, libros, folletos y artículos en que el lector podrá satisfacer las dudas que á su razón se presenten al comparar lo que pasa por verdad, con lo que yo afirmo que es la verdad histórica, en lo concerniente al descubrimiento de América y Oceanía.

En primer término, basta la lectura del *Ensayo crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, por Alejandro de Humboldt, del *Ensayo sobre la historia de la cosmografía*, por el Vizconde de Santarem y del libro recientemente publicado por el Sr. Pinheiro Chagas, que se titula, *Os descobrimentos portuguezes e os de Colombo*; basta la lectura de estos tres libros, para adquirir el verdadero concepto científico de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo: historia en que Colón ocupa un puesto preferentísimo, el primero entre los primeros navegantes descubridores, pero en que aparece un héroe más grande que Colón, el genio ibérico, alma de Portugal y España; el genio ibérico que une al Infante D. Enrique de Portugal con el nauta Jaime de Mallorca, á Magallanes con Elcano y á Mendaña con Fernández de Quirós, como se a Providencia quizesse d'essa forma sellar de um modo indestructivel a colaboração dos dois povos, na obra mais importante da historia da humanidade. Palabras son las que acabo de subrayar del Sr. Pinheiro Chagas.

El insigne literato D. Juan Valera, en la *Introducción* de esta Revista, expuso claramente sus opiniones de todo punto conformes con las que aquí acaban de consignarse, y las mismas opiniones volvió á defender en su artículo *Concepto progresivo del Nuevo Mundo*, que se publicó en la página 145 del tomo III. También el señor Fernández Duro, en el artículo titulado *El estrecho que buscaba Colón por la costa de Veragua* (EL CENTENARIO, tomo III, página 72), deshace un gravísimo error, aceptado como verdad por la mayor parte de los biógrafos colombinos, y contribuye de este modo á la defensa de lo que llamé en el párrafo anterior, verdadero concepto científico de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Se alarga demasiado este *Post-Scriptum*, y para terminarlo, me limitaré á recordar, que el aserto de que España no fué ingrata con Cristóbal Colón, se halla completamente demostrado en el discurso inaugural de las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid, pronunciado por el Sr. Cánovas del Castillo en la noche del 11 de Febrero de 1891; en el libro del catedrático de la Universidad de Zaragoza D. Eduardo Ibarra, titulado, *Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América*, y en varios artículos publicados en las páginas de EL CENTENARIO, entre los cuales merecen especial mención, los siguientes: *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*, por el presbítero D. Miguel Mir; *De los historiadores de Colón, con motivo de un libro reciente*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo; *Investigaciones de los bienes de fortuna que tuvo Cristóbal Colón*, por D. Cesáreo Fernández Duro; *El descubrimiento de América comparado con otros grandes descubrimientos*, por D. Felipe Picatoste; *Más datos para la vida de Cristóbal Colón*, por D. Antonio Paz y Mélia, y quizá algún otro que en este momento no recuerde.

Fuera imperdonable mi silencio si dejase sin mencionar aquí el libro del P. Ricardo Cappa, titulado *Colón y los españoles* y la *Historia del descubrimiento de América*, del eminente orador D. Emilio Castelar, pues ambos libros, diferentes por muchos conceptos, tienen, sin embargo, un punto de semejanza, en ambos se ve palpitar el amor á las glorias de la patria, que sus autores defienden briosamente contra las invenciones calumniosas de los ciegos panegiristas de Cristóbal Colón y jurados enemigos de la honra de España. También merece recordarse la obra escrita por don Francisco Serrato que se titula: *Cristóbal Colón, Historia del descubrimiento de América*, de la cual dice su prologuista, el canónigo D. Roque Chabás, que es «una vindicación de muchos nombres que se habían deprimido para exaltar el del héroe»; y añade, que á juicio del Sr. Serrato: «Colón no muere en la miseria, ni cargado de cadenas, para baldón de España, como algunos han querido decir, sino á consecuencia de la gota, y acongojado por la muerte de Doña Isabel, que traía complicaciones políticas, imposibilitando al Rey Católico (que no por ser político sagaz dejaba de tener corazón noble) el continuar siendo su favorecedor.»

Aún tendría que citar folletos y artículos de Emilia Pardo Bazán, los generales D. Mario de la Sala y D. Adolfo Carrasco, el comandante Barrios, D. Enrique Prugent, D. Eugenio de la Iglesia, los señores Altolaguirre, Oliver-Copons y Balart, el ilustrado periodista D. Angel Stor, y algunos otros autores que han mostrado opiniones favorables á la rectificación de los errores históricos que antes pasaban como verdades en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo; pero el tiempo apremia y falta el espacio, y por lo tanto, parece lo más acertado poner aquí el punto final de este epílogo ó *Post-Scriptum*.

LUIS VIDART

Madrid, 25 de Abril de 1893.

